

## ENTRE LA RAZON Y LA EXPERIENCIA\*\*

Existe en nuestros días un creciente interés profesional entre sociólogos por vincular de modo explícito y sistemático la teoría con la investigación propiamente empírica. Este no era el caso unas cuantas décadas atrás. Por ejemplo, en la década de los 40, cuando Lundberg publicó su famoso manual de investigación social que representaba el punto de vista más claramente positivista del trabajo investigativo del sociólogo, en él no aparece consideración alguna sobre la relación entre teoría e investigación, por lo menos en la forma tan resuelta y clara como es evidenciable en los actuales manuales de investigación. Este diferencia en manuales que tratan de los procedimientos operativos del sociólogo indica una postura intelectual y un cambio de rumbo del trabajo científico en sociología. Ya no estamos en la época en que Wright Mills clamara dramáticamente contra la distinción entre gran teoría y empirismo abstracto como dos estilos casi contrapuestos en el quehacer sociológico en ese momento.

Ciertamente no es este el caso en la actualidad, cuando teoría y técnicas se dan la mano y andan juntas por caminos comunes. No obstante esa situación, todavía existen fuentes de dificultades que no parecen encontrar pronta y satisfactoria solución, si es que ello es posible. Hace unas 3 décadas Robert Merton observó con la finura intelectual que le ha sido característica, una cierta multiplicidad en los significados que se le han otorgado al término teoría en la investigación social. Expresaba él que bajo este término se cobijan cuestiones tan diferentes entre sí como los grandes sistemas sociológicos de los teóricos clásicos que nutren el contenido de la enseñanza en la formación de nuestros sociólogos; las orientaciones sociológicas más generales de las cuales se suelen derivar las hipótesis específicas (p.e., la conducta social está organizada por el sistema normativo); el análisis de conceptos sociológicos o especificación conceptual como preferirían denominarlo los teóricos de la ciencia; o las generalizaciones puramente empíricas que expresan regularidades derivadas inductivamente de las observaciones; o las interpretaciones post factum o simplemente al hoc.

A esta lista, de suyo larga, agreguemos la concepción de la teoría como sistema axiomático-deductivo que tiene defensores tan respetables como Hans Zetterberg y

\* Profesor Asociado al Departamento de Sociología de la Universidad Nacional.

\*\* Conferencia pronunciada en la Biblioteca Nacional en mayo de 1984.

C. Homans. Esta situación de anarquismo teórico, propia tal vez de la inmadurez de nuestra disciplina, ha conducido entre nosotros por lo menos a olvidar determinadas funciones básicas de la teoría dentro del proceso de investigación y a un desmedido y no siempre razonable uso de las explicaciones *post factum* en detrimento de la creación y puesta a prueba de teoría y, en consecuencia, al avance del conocimiento sociológico tal como este puede ser expresado por medio de teoría sustantivamente apoyada. Como una consecuencia a la apelación habitual a esta forma de explicación, se ha establecido un divorcio entre la teoría, el dato sustantivo y la lógica de la demostración, con el consecuente olvido del papel instrumental de la teoría para convertirla en un fin en sí misma. Por ello no es de extrañar que en la formación del profesional en nuestra disciplina se desconozca la importancia de los desarrollos teóricos ligados a particulares áreas del conocimiento y, más aún, se desconozcan esos mismos desarrollos, convirtiéndose los clásicos de la sociología en todo cuanto hay que saber y no en una fuente de inspiración para el trabajo sociológico. De ello puede estar resultando que teorías elaboradas en otros horizontes sociales y culturales no puedan ser sometidas a contrastación con datos de nuestra propia sociedad y que tampoco manifestemos seria preocupación por la construcción teórica, la elaboración de nuevas teorías. Un excesivo apego a los clásicos nos impide ver que el conocimiento sociológico ha evolucionado considerablemente en las últimas décadas, apareciendo nuevas teorías tanto al nivel macro como al nivel micro-social, y nuevas formas de explicación de lo social distintas de la explicación causal tales como la hermenéutica, la semiótica y formas interpretativas derivadas de la concepción del hombre como un animal simbólico. Procedemos como si la teoría ya estuviera confeccionada a la medida de los posibles datos que la investigación empírica pudiera aportar independientemente de aquella.

Es probable que esta situación sea más general y esté más profundamente arraigada de lo que cabría sospechar. Recordaré que ha sido Popper quien más ha insistido en diferenciar dos amplias concepciones de las teorías: Una, aquella que las considera como expresión de la esencia o realidad última de los fenómenos; y otra que las tiene por instrumentos de aproximación al conocimiento. En la primera se instaura el problema de la *verdad*, en la otra el problema de la *adecuación*, con significados filosóficos profundos en cada caso seguramente. Tengo la sospecha de que somos más proclives a congeniar con la primera concepción que con la segunda, instaurando con ello un dogmatismo más que un relativismo de la teoría.

Un aspecto de considerable importancia en la investigación social es la distinción entre dos posturas intelectuales que tienen consecuencias epistemológicas y políticas notables. Se trata de las concepciones que se conocen con los nombres de individualismo metodológico y holismo o estructuralismo. Las tesis de estas posiciones han tenido profunda influencia en las explicaciones sociológicas y en la determinación de las unidades básicas del análisis social. La primera postura tiene ciertamente una larga tradición en el pensamiento social. Ya Hobbes sostenía que es necesario que conozcamos las cosas que van a mezclarse antes de conocer el compuesto total, ya que toda cosa es mejor conocida mediante sus causas constitutivas. Esta idea se encuentra oculta en una u otra forma en las teorías de la acción social que arrancan de Marx Weber y culminan en la macroscópica visión de Talcott Parsons. Para caracterizar de modo preciso esta posición intelectual que se denomina *individualismo metodológico*, podemos apelar a la descripción de Watkins. El sostiene que “de acuerdo

con este principio los constituyentes primarios o elementales del mundo social son personas individuales que actúan más o menos apropiadamente según sus predisposiciones y comprensión de la posición que ocupan. Toda situación o suceso social complejo es el resultado de una particular configuración de individuos, sus inclinaciones, estatus, creencias y recursos, y medio ambiente... no habremos llegado a explicaciones de fondo (de los Procesos sociales a gran escala) hasta no haber deducido una explicación de los mismos a partir de enunciados acerca de las predisposiciones, creencias, recursos e intereses de los individuos”.

La tesis del holismo se funda en dos consideraciones principales: la primera refleja la tesis de que la sociología debe tener un objeto propio, distintivo. La segunda se refiere a los fenómenos sociales mismos, en el sentido de que existen regularidades en el comportamiento de los grupos de personas que nos permiten decir que el grupo tiene una estructura e identidad propia, distinta de las personas consideradas individualmente. Es claro que el individualismo metodológico no tiene necesariamente por qué conducir a un reduccionismo psicológico, el cual es rechazado casi siempre por el sociólogo, pues podemos considerar a los individuos como *típicos*, es decir, como representantes de *roles* sociales. De ser así, ambas posiciones, individualismo y holismo, no resultan mutuamente antagónicas sino algo así como las dos caras de una misma moneda. Como alguien lo ha expresado, se trata de un debate sobre si hay que estudiar al drama o a los personajes. Esta situación la percibieron claramente Hans Gerth y Wright Mills cuando escribieron su libro *Caracter y Estructura Social*, en el cual proporcionan un modelo teórico de las relaciones entre el nivel psicológico y el nivel macroestructural mediadas por el concepto de rol, libro que desafortunadamente poco se lee hoy.

Al tomar al individuo como unidad de análisis sociológico se nos vienen encima una serie de consecuencias para la práctica investigativa y la construcción teórica. Actualmente suelen distinguirse las variables individuales de las variables de grupo o colectivas, distinción que nos remite en cierta forma nuevamente a las dos posturas intelectuales que hemos mencionado como individualismo metodológico y holismo. Sabemos que para las variables individuales suele hacerse la distinción entre propiedades, disposiciones y comportamientos, siendo las segundas no directamente perceptibles. Dado que estas variables disposicionales tienen un valor estratégico en la comprensión y explicación del comportamiento social presentan los problemas más serios para la medición y su relación con la teoría. Esto lo ha hecho ver recientemente Blalock en su alocución presidencial en la Sociedad Americana de Sociología. Observa Blalock que cuando el comportamiento social es definido en término de estados internos pueden aparecer una serie de situaciones que tornen ambigua la definición del concepto y la medición correspondiente. Por ejemplo, *agresión* puede ser definida como un comportamiento orientado a hacer daño a otro; esta es una definición que supone un estado interno. Pero como él lo expresa, los seres humanos son notablemente inclinados en ciertas situaciones a matar dos pájaros con una piedra. Así, agresión puede ser instrumental para debilitar la posición competitiva de un oponente o para lograr prestigio dentro del grupo. Esto significa que los mismos comportamientos pueden ser clasificados en diferentes formas si la definición teórica es dada en término de supuestos estados disposicionales. De aquí que diferentes teóricos, basados en la misma observación, puedan hablar unos de agresión, otros de explotación y otros de comportamiento competitivo.

Sin embargo, el concepto de variable sigue teniendo considerable utilidad y también limitaciones cuando se trabaja con él. Es sumamente útil para facilitar el uso de técnicas estadísticas, de tal manera que el procedimiento analítico facilite enormemente las funciones explicativas y predictivas de la teoría, salvando la distancia entre los niveles observacionales y teóricos del proceso investigativo. Pero tenemos que reconocer que tiene serias limitaciones cuando se trata de construir teoría generalizada, pues los indicadores correspondientes no son invariantes en el tiempo y el espacio; antes por el contrario, están circunscritos a la *relatividad histórica*. Para quienes piensan que la ciencia siempre es conocimiento de lo general, esta es una limitación no desdeñable. Además, las variables están ligadas a lo que Peter Abel ha denominado externalismo conceptual, por oposición al internalismo conceptual, siendo el primero equivalente al lenguaje técnico, construido por el sociólogo, y el segundo equivalente al lenguaje de las fuentes, en la distinción de Hans Zetterberg. Esta distinción no es un simple entretenimiento ocioso de los metodólogos, pues a ella están asociadas orientaciones sociológicas radicalmente diferentes. La metodología y las técnicas positivistas se apoyan en un lenguaje técnico; las diversas formas del interaccionismo simbólico y la metodología correspondiente prefieren el lenguaje de los actores. Naturalmente, el lenguaje abstracto tiende a ser por su misma naturaleza universalista, aplicable a situaciones aparentemente diversas, y carece del color local del lenguaje de las fuentes, lo cual es una de las razones por la cual tantos artistas y humanistas se sientan irritados por cierto tipo de sociología, y fuertemente fascinados por las corrientes etnometodológicas.

Ciertamente, no toda la investigación social actual busca confrontar proposiciones elaboradas por el investigador con la realidad del comportamiento social observable. Es decir, no todo el esfuerzo teórico, se dirige a la creación de sistemas. Tal es el caso de la etnometodología, una corriente teórica y metodológica creada por H. Garfinkel desprendida del interaccionismo simbólico y fuertemente impregnada por el reconocimiento del papel del lenguaje en la interacción social. El etnometodólogo no pone el énfasis en cuestiones tales como la confiabilidad y la validez de las observaciones y mediciones del investigador. Más aún, considera, como lo ha expresado Aaron Cicourel en su libro *Método y Medición en Sociología*, que la matemática es un lenguaje que no necesariamente corresponde al fenómeno que trata de describir. La etnometodología no está interesada en contrastar proporciones con la realidad; en cambio, le preocupa el conocimiento del método que científicos y gente común emplea al crear, mantener y alterar un sentido del orden en las situaciones en que se ven comprometidos. El problema básico parece ser cómo construyen la realidad de un sistema social las personas que en él participan e interactúan. Y esto es precisamente lo que etimológicamente significa el término etnometodología.

Conviene recordar que la tesis que sostiene que el valor de un trabajo sociológico no radica solamente en la demostración de la verdad de la teoría ya había sido planteada por el sociólogo Robert Biersted en su alocución como presidente de la Sociedad Americana de Sociología en 1960. Biersted no es etnometodólogo, pero considera que la sociología es una disciplina intermedia entre las ciencias y las humanidades. Sostiene que los sociólogos parecen haber estado preocupados demasiado por la verdad de sus teorías; no es contrario a pensar que es legítimo que para que una proposición pueda ser cualificada como conocimiento ella deba ser pública, producto de experiencias compartidas y verificable por aproximaciones sucesivas. A juzgar por

las críticas a que ha sido objeto a través del tiempo. *La Ética Protestante y el Origen del Capitalismo* de Max Weber no cumpliría con estos requisitos. Sin embargo, ese estudio es reconocido como una pieza maestra de la sociología contemporánea, no porque represente de modo riguroso un conocimiento verdadero, absolutamente comprobado, sino por la enorme fuerza persuasiva y la asombrosa fecundidad de su tesis. Dicho sea de paso, estas consideraciones condujeron a Bierstedt a sugerir que la sociología no necesita tanto de teorías como de tesis que al ser defendidas y contraatacadas expresaran la eterna dialéctica que es la vida de la mente como vía regia para el enriquecimiento del saber.

A fin de aclarar la idea de Abel, tenemos que expresar que él entiende por *conceptos internos* aquellos que los actores mismos emplean para describir y explicar sus comportamientos y ambientes sociales. Por *conceptos externos* entiende el mismo autor los que el sociólogo acuña, muchas veces tomados del lenguaje corriente, con significados peculiares para describir él, desde una perspectiva externa y tomando distancia, el comportamiento y el ambiente sociales.

Estas ideas de internalismo y externalismo conceptual y sus referencias a variables individuales nos conducen a problemas muy particulares en relación entre teoría e investigación empírica. La situación se puede ilustrar por medio del concepto de *ideología*. Pensemos en el estudio que Marx y Engels hicieron de la ideología alemana: estaba centrado en el análisis de textos que contenían amplias estructuras conceptuales, eran sistemas de ideas o representaciones, es decir, categorías cognitivas de un alto grado de abstracción y un gran alcance referencial, como lo ha señalado acertadamente Eliseo Verón. Digamos que esos análisis clásicos utilizaron el lenguaje de las fuentes, como suelen hacerlo los historiadores y los sociólogos del conocimiento, sin introducir ninguna terminología especial. En cambio, el concepto de variable y el individuo como unidad de análisis a él asociado, ha conducido a la investigación sociológica actual en materia de ideología a estudiar las opiniones del hombre común acerca de aspectos de la sociedad que éste percibe en su contexto inmediato. Para ello se sirve en *encuestas de opinión* sobre cuestiones bien concretas tales como la reforma agraria, la política urbana y el papel de los políticos y así por el estilo. Verón ha observado que este procedimiento introduce severas limitaciones cuando se trata de conseguir una visión más profunda de la realidad. Una de ellas es que, si bien es cierto que se ha progresado en la medida cuantitativa de ciertas variables individuales, en cambio *no ha sido suficiente el interés que se ha prestado a la construcción de técnicas para la formulación de estructuras cognitivas, de sistemas de creencias y opiniones*. Como lo ha expresado Verón, la obtención de respuestas de opinión o actitud sobre problemas específicos mediante la habitual técnica de los cuestionarios, difícilmente puede detectar el grado de organización de las ideas del individuo, produciendo, como consecuencia, que el mundo de las opiniones y actitudes se presente fragmentario, atomizado.

Las consideraciones anteriores valen, hechas salvedades, para el uso de técnicas cuantitativas por medio de las cuales se prueban modelos causales. Estos no sólo se guían por un punto de vista del externalismo conceptual, sino que las técnicas estadísticas asociadas a su comprobación imponen tales limitaciones a los datos que los modelos resultan siempre de un relativo valor de adecuación a la realidad desde el punto de vista del actor, aunque puedan tener un considerable valor explicativo des-

de el punto de vista del investigador. Esta situación nos plantea la necesidad de alguna reflexión sobre el uso de técnicas matemáticas en la investigación social y sus limitaciones.

El distinguido historiador social Barrington Moore ha observado que hay que rescatar ciertas virtudes del modo de pensar matemático. El uso de las matemáticas obliga al investigador a presentar sus proposiciones de modo que se eviten las ambigüedades, lo que permite automáticamente elaborar una cadena cerrada de deducciones que conducen a un resultado seguro. Si las premisas iniciales son correctas y la cadena de deducciones no contiene errores, la certeza de la conclusión no ofrece dudas. Por otra parte, la dificultad es que el hecho de presentar afirmaciones sobre la sociedad en forma de premisas matemáticas exige tales simplificaciones que los elementos esenciales de los hechos se pierden o sufren serias distorsiones. La falta de ambigüedad de las proposiciones iniciales puede ser, en consecuencia, solo aparente. El problema puede residir tanto en las matemáticas como en las ciencias sociales. Hasta el momento los resultados no han sido deslumbrantes. Incluso uno de los defensores más entusiastas de los métodos matemáticos en las ciencias sociales, Paul Lazarsfeld, ha expresado recientemente: "Ni los más ardientes optimistas afirmarían que las matemáticas han conducido a descubrimientos importantes en las ciencias de la conducta".

En las actuales circunstancias por las que atraviesa la investigación social parece que la metodología y las técnicas y las teorías a las que sirven tienen siempre un carácter bifronte. Por un lado pueden estar mirando a la caracterización que los actores de un sistema social hagan del mismo y de su comportamiento; y por otro, a la caracterización de las estructuras tal como ellas puedan ser reconstruidas desde afuera. A la caracterización de la primera situación concurren las técnicas cualitativas llamadas en general *etnometodológicas*, fuertemente emparentadas con teorías de corte fenomenológico. Las estructuras reconstruidas desde afuera pueden apelar a formas de análisis semiológico o a modelos causales apoyados en estadísticas multivariables. En la actualidad parece que la investigación cualitativa no se cultiva en nuestras escuelas de sociología; la investigación causal a través de modelos apenas se conoce; y la investigación semiológica no existe. Si esto es así, sospecho que nuestra situación se caracteriza por un dominio absoluto de un descriptivismo bastante ingenuo de nuestras realidades sociales, sasonado con abundantes explicaciones *post factum*, el cual difícilmente puede contribuir a la creación de teoría sistemática, cualquiera que sea el tipo de teoría.

Tengo la impresión de que en la actualidad y en nuestro país, el trabajo académico en los departamentos de sociología tiene un cierto carácter esquizoide. Por un lado se alinean los pontífices, aquellos docentes que aparecen como figuras olímpicas en las cuales la historia parece haber depositado el saber sociológico supremo y el cual mantienen conservado y depurado escolasticamente. Como los teólogos, ellos se arrojan el privilegio de conocer a la divinidad. Por otro lado están los carpinteros del trabajo sociológico, a los cuales les está concedido manejar unas técnicas al servicio de la teoría. Aunque reconozco ser ligeramente exagerado, pienso que semejante estado de cosas no puede menos que conducir a un estancamiento y esterilidad del saber, a la improductividad sociológica y una distorsionada educación de los nuevos sociólogos. Para los teóricos -hipostasian la teoría- las teorías parecen ser *cosas* que

hay que escudriñare en sus más íntimos detalles, entre los cuales no escapa la vida íntima de los autores. Ciertamente las teorías son productos históricos y susceptibles de comprensión como tales. Pero esta actitud lleva a olvidar que las teorías científicas son básicamente instrumentos para el quehacer investigativo, papel que les concede el derecho de ser medios para fines y no simplemente fines en sí mismas. A lo sumo, para el teórico, las teorías no serían más que solemnes ropajes con que se revisten las observaciones, olvidándose de este modo el papel del razonamiento deductivo en la construcción científica rigurosa.

Sin embargo, esta situación no es nada nueva en el pensamiento social. Ser teórico tiene sus atractivos y concede el privilegio de no ser fácilmente olvidado o relegado a posiciones secundarias. Quien no recuerda a Comte, Spencer y a Parsons, mientras que poco o nada se recuerda a sus contemporáneos Le Play, Charles Booth o Lazarsfeld? Naturalmente me refiero a los creadores de teoría, no a los repetidores de teoría, pero estos en nuestro medio parecen disfrutar de los mismos honores que los primeros.

